



GRACIAS, SEÑORA FIORIO

Por Fabricio Caivano

Hace muchos años, tres tardes por semana, tenía clases de italiano con una vieja profesora de porcelana y luz, la señora Fiorio.

Me hacía leer en alta voz los versos de La Divina Comedia y, luego, hacer unos gráficos con la exacta ubicación de todos los pecadores en los tenebrosos círculos concéntricos del Infierno.

Aún los conservo, amarillentos, en las páginas de uno de los libros.

Al principio, me fastidiaba renunciar a la primavera – entonces siempre era primavera- y enclaustrarme en aquel recargado piso del ensanche barcelonés.

Pero me fue fascinando la situación: ese amor absoluto de la profesora hacia Dante (sólo compartido con Manzoni) y la extraña relación de tutoría espiritual, elegantemente elíptica y silente, de ella hacia mí. Finalmente, quedé atrapado por el mundo dantesco, tan recóndito y minucioso como mis gráficos. Durante dos cursos caminamos por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, en una tertulia iniciática y exigente.

El último día, la señora Fiorio, vestida como una dama inglesa, me ofreció una taza de té con pastas. Éramos ambos conscientes de que enterrábamos una experiencia vital, no unas clases de italiano.

Al acabar me confió un secreto: "Lee. Lee siempre. Cuando todo te vaya bien, lee. Y cuando creas que el mundo se te hunde, trágate las lágrimas, y enciérrate en una habitación a leer".

Me sonó un tanto trágico. Era primavera y yo sabía que siempre sería un adolescente y el mundo un paraíso a mi disposición. Ella era vieja y sabia; yo era joven e ignorante.

Luego empecé a navegar, surcando aguas profundas y rozando contra las aristas del mundo, abandonando la eterna primavera, y sometido a la luz y a las sombras del vivir. Y esa escuela atenuó aquella soberbia ignorancia de grumete. Y los libros, desordenadamente, han ido hermanándose con la perplejidad y el gozo de vivir.

Porque se lee –ahora lo sé– tanto para ensancharnos en los demás como para escapar de ellos. Se lee como conquista y como huida. Se lee para saber lo que ignoramos y también para olvidar lo que sabemos. Para destilar certezas y para hacer acopio de dudas. Para recordar y para olvidar.

Cuando uno es un grumete encaramado a la proa de la vida, eso no se sabe, pero si entonces se lee, cuando llegue el momento leeremos para aliviar los dolores que la vida nos regala...Y sobre todo leeremos para vencer a la Muerte, la única certeza que nos va ganando terreno.

Porque los libros tienen una facultad milagrosa: detienen el tiempo y hacen infinito el espacio, en los que nos movemos como ciegas hormiguitas.

Eso siempre se descubre demasiado tarde: que los buenos libros, como las buenas personas, nos regalan algunos gramos de inmortalidad.

En: CLIJ 2(5)1989, p. 82